

APROXIMACIONES AL ESPACIO CALCHAQUÍ

Javier Nastri

A pesar de que la sociedad calchaquí se desarrolló a lo largo de la última etapa histórica aborígen independiente y entró en contacto con los conquistadores españoles (lo cual implica que existen crónicas escritas que registran dicho encuentro), la investigación científica de la misma no comenzó como una búsqueda de las raíces históricas de sus descendientes contemporáneos, sino que fue disparada por el descubrimiento de ruinas descontextualizadas de toda memoria, a la manera de los fósiles buscados por los naturalistas.¹ Tal era el abismo que separaba a la Argentina protomoderna encarnada por el profesor Inocencio Liberani -quien en el verano de 1877 registró las ruinas de la Loma Rica de Shiquimil, en el valle de Santa María (provincia de Catamarca)- de ese pasado aborígen no tan distante en el tiempo (200 años), como en el espacio social. Una adecuada expresión de esta situación resulta el hecho de que de una población que combatió a los españoles por más de un siglo y medio no se conozca a ciencia cierta su nombre. Como se verá a continuación, los primeros investigadores se refirieron a ellos en términos de "Civilización calchaquí"; posteriormente, un nuevo examen de las fuentes etnohistóricas condujo al empleo de la denominación de "diaguitas"; para más recientemente difundirse también el nombre de *cultura Santa María*, en sintonía con el desarrollo de la arqueología moderna.

A través del siguiente recorrido histórico se pretende exponer las ideas y problemas de índole espacial asociadas a la arqueología calchaquí, en la creencia de que un ordenamiento de las cuestiones de escala y de los procesos sociales involucrados permitirá orientar las futuras investigaciones aprovechando al máximo el conocimiento arqueológico acumulado hasta el presente.

¹ Alejandro Haber desarrolla en detalle este punto al relatar el descubrimiento de la Loma Rica en su trabajo sobre la etapa inicial de la arqueología de Catamarca (Haber 1995).

Entre ruinas y documentos

Recorriendo el valle de Santa María en busca de fósiles, el profesor Liberani se topó a fines de 1876 con numerosas ruinas arqueológicas que, "en su mutismo, atestiguaban todavía una civilización extinguida" (Liberani en Fernández 1982:109). El asunto se convirtió inmediatamente en una cuestión de Estado, dando el Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública de la Nación precisas instrucciones acerca de cómo encarar un relevamiento arqueológico riguroso. De todas maneras, pese a los esfuerzos de estos dos pioneros, el mutismo de las ruinas aún se trasunta en el informe resultante, compuesto principalmente por dibujos y con casi ningún texto.² El trabajo, no obstante, causó gran impacto en los círculos científicos y la evidencia reunida fue insertada en una red de sentido por autores como Ameghino y Burmeister. En el Congreso Internacional de Americanistas de 1879, Ameghino señalaba que los calchaquíes habrían sido hablantes del aymara y apuntaba acerca de la existencia de un antiguo reino de *Tucma*, que habría abarcado los territorios de las entonces provincias de Catamarca, Santiago del Estero, Salta y Tucumán. En las crónicas históricas Ameghino encontró referencias a una embajada del Tucma al Cuzco, así también como una visita de Viracocha al Tucma y apoyándose en datos reunidos por Moreno, estableció que esta antigua sociedad habría sido previa a la calchaquí (Ameghino 1880:725). Por otra parte Ameghino ya consideraba a las ruinas de la Loma Rica como una más dentro de un conjunto de ruinas que se disponían a lo largo de todo el valle; presentando todas el mismo sistema de defensa constituido por la instalación en topografías elevadas (Ameghino 1880:712). Establecía además como un límite para el movimiento en el espacio de los calchaquíes a la cordillera de los Andes.

² La única referencia de los hallazgos efectuados a un marco histórico, está dado por el comentario de la figura 28, correspondiente a una inscripción en castellano sobre un tronco viejo. De la misma dice Liberani: "... es un monumento dejado por los españoles en conmemoración, probablemente, de algún hecho de armas, pues sólo dista media legua de este árbol la última fortaleza de los indios Quilmes, actualmente Fuerte Quemado" (Liberani y Hernández 1951:119).

Aproximadamente para la misma época, otro estudioso se lanzaba a la investigación del pasado precolombino del área valliserrana: Samuel Lafone Quevedo, tras la lectura de la obra histórica disponible entonces acerca del antiguo Tucumán, iniciaba exploraciones en el campo. La primera de una serie de cartas dirigidas al diario *La Nación* en 1883 fue dedicada a "El Pueblo de Quilmes". Allí Lafone por primera vez asociaba de manera clara al conjunto de ruinas en piedra de las faldas de la Sierra del Cajón con el tiempo de la conquista hispánica. Entraba ya decididamente en el terreno de la interpretación histórica, al punto de señalar la posibilidad de un origen "chileno" de los Quilmes, quienes para escapar de la dominación incaica habrían llegado al valle de Santa María para levantar su poblado en la zona neutral que separaba el dominio cuzqueño al sur, del denominado valle de Calchaquí, al norte (Lafone Quevedo 1888:3).³ Consideraba de este modo Lafone que el sentido de la división Yocavil-Calchaquí habría tenido en el pasado un carácter eminentemente político, determinado por el tipo de relación establecida entre las poblaciones locales y el imperio incaico.

Tras el descubrimiento de Liberani y Hernández, el Museo de La Plata había comenzado a organizar expediciones con el propósito de reunir objetos (Fernández 1982:112). Los resultados de las mismas fueron presentados por Moreno a comienzos de la década del '90, como preludeo a la época de auge de los estudios calchaquíes (Moreno 1890-1891).⁴ Moreno introdujo algunas nociones novedosas en relación al espacio prehispánico:

Quienes fueron los hombres que trazaron el grandioso camino llamado del Inca? Fueron éstos, fueron otros príncipes anteriores? Me inclino a

³ Pero no sólo fue su conocimiento de las fuentes documentales lo que le permitió a Lafone comenzar a reconstruir la prehistoria catamarqueña: la comparación con otras ruinas como las del Pucará de Andalgalá tuvo también un papel importante en este primer ensayo de antropología histórica en Argentina.

⁴ Es probable que la crisis del '90 haya impedido una publicación detallada de la gran cantidad de materiales reunidos por el Museo de La Plata en la década del '80 (Lafone Quevedo 1891:356), pero lo cierto es que transcurrida la crisis, tal publicación nunca se efectivizó. Sólo los aportes de Ten Kate vieron la luz a mediados de la década siguiente, pero los mismos se centraron en aspectos de antropología física. A más de un siglo, la valiosa información de las *Antiguas Colecciones* del Museo de La Plata aguarda un análisis exhaustivo.

lo último, teniendo en cuenta que es a la orilla de estos caminos donde he encontrado en más abundancia las rocas cubiertas de inscripciones enigmáticas que no usaron los quichuas (Moreno 1890-1891:212).

Aquí quedaban claros varios supuestos sobre el desarrollo cultural prehispánico, ya en un momento tan temprano en la historia de las investigaciones: en primer lugar, la posibilidad de identificación de caminos prehispánicos; en segundo lugar, el reconocimiento de una ocupación incaica y de un momento anterior, diferenciables a través del estilo de representaciones rupestres; por último, la datación de los caminos a partir de su vinculación espacial con testimonios arqueológicos.⁵

Hacia 1896, Hermann Ten Kate definía la región calchaquí-cacana como aquella que se extendía desde las fronteras con Bolivia hasta las sierras de Córdoba y el límite con los indios "guarpes" por el sur, desde el límite con el chaco-guaicurú por el este hasta aquel con los atacamas y "chilenos" por el oeste. En relación a esto último mencionaba el hallazgo de Moreno de ruinas al pie del volcán de Antofalla (Antofagasta de la Sierra) en los cuales se encontraba "(...) la misma cerámica, los mismos crisoles, etc. que en los valles calchaquíes" (Ten Kate 1896:5n1). Un año más tarde Adán Quiroga presentaba su obra *Calchaquí*, donde se refería en forma específica al problema de la definición de los "valles calchaquíes"; señalando que el valle de Santa María había sido el escenario central de la resistencia calchaquí, seguido de los valles contiguos del sur (Andalgalá, Belén, Abaucán y Tinogasta).⁶

En relación a la definición de la provincia española de "Tucumán, Juríes y Diaguitas" (cuestión clave para comprender la configuración del espacio aborigen hacia el momento de la conquista), por un lado Quiroga, tal como era corriente entonces otorgaba a la distinción jurí/diaguíta el valor de salvaje/civilizado; mientras que, por otro, implicaba que cada

⁵ También Moreno, al igual que Lafone, era consciente que un aspecto clave para el avance de la investigación arqueológica estaba dado por el conocimiento preciso de los lugares de procedencia de los objetos obtenidos. Condenaba así la recuperación de objetos en el campo "por personas poco competentes o interesadas en su venta" (Moreno 1890-1891:203).

⁶ Trabajos posteriores han demostrado lo erróneo de su afirmación de que es necesario ignorar al actual valle calchaquí de la provincia de Salta. (P.e. Lorandi y Boixadós 1987-1988; véase también Raffino en Quiroga 1992:42).

término de la definición española englobaba un conjunto de denominaciones específicas:

Poblado en el territorio de La Rioja por diaguitas, famatinas y guandancoles, vecinos estos últimos de los huarpes de San Juan. Propiamente es Tucumán la región Tonocote; y su suelo era casi en su totalidad habitado por lules, tafies, colalaos.

Córdoba es la nación de los comechingones (...). En nuestro Calchaquí, comenzando por el valle de Yocahuill o Santa María, vivían numerosas y belicosas tribus, que tanto han actuado en la epopeya de las cumbres. Este valle era poblado por quilmes, yocaviles e incamanas o encamanas (...).

Cruzando las sierras de Siján o del Ambato, damos ya con nuestros diaguitas capayanes, que habitaban todo el sur de Catamarca. Es preciso tener en cuenta que de origen diaguita eran también todas las tribus del oeste, excepción hecha de los santamarianos (Quiroga 1992:35).

Durante esta primera etapa de las investigaciones no dejó de causar inquietud la falta de referencias en las crónicas históricas, a los grandes poblados edificados con piedra (propio de los aborígenes “civilizados”) como los que se descubrían en las investigaciones arqueológicas. En las crónicas se insistía en la descripción de viviendas construidas en base a materiales perecederos (Lafone Quevedo 1891:361).⁷ De ahí que durante un tiempo algunos autores plantearan que los calchaquíes del tiempo de la conquista habrían sido indios bárbaros que poco tiempo antes de la misma habrían invadido el territorio diaguita acabando con la civilización allí establecida (Brinton 1899:506). Esto por otra parte podía articularse de variados modos con las versiones acerca de un antiguo y poderoso reino de *Tucma*, de activa participación en guerras de los Andes centrales en diferentes momentos de la historia (Ambrosetti 1902; Ameghino 1889:730; etc.).⁸ No obstante, a principios de siglo ya quedaba claro la correspondencia entre las ruinas de poblados con construcciones de piedra y los indios de la conquista (Ambrosetti 1897) y la monumental obra de Boman encaró críticamente las citas etnohistóricas empleadas en aquellas

⁷ Incluso algunos cronistas mencionan la existencia de ruinas abandonadas en el tiempo de la conquista (Ten Kate 1896:5).

⁸ Ibarra Graso, por su parte, señaló la posibilidad de que los cronistas confundieran la localidad de Tucma, del oriente boliviano, con el Tucumán del actual noroeste argentino (Ibarra Graso 1962).

especulaciones, usándolas para fundamentar la afirmación acerca de la dominación incaica del noroeste argentino (Boman 1991:204-218). A las mismas conclusiones había llegado Ten Kate varios años antes, al desarrollar un breve mas impecable análisis crítico de los datos disponibles a mediados de la década del '90 (Ten Kate 1896:6).

Hacia 1904 moría Adán Quiroga, dejando inéditas dos obras que verían la luz varios años después. Una de ellas, *Petrografías y pictografías de la región calchaquí*, constituye un voluminoso compendio de imágenes del arte rupestre del valle de Santa María y zonas aledañas, las cuales desde entonces han quedado en el olvido.⁹ Quiroga, continuando con la original línea interpretativa de *La cruz en América*, planteaba en dicho trabajo que la gran mayoría de los motivos geométricos y laberínticos eran antiguas *representaciones del espacio*, de objetos tales como edificios, campos de cultivo, acequias y estanques (Quiroga 1992:248). Con posterioridad no se ha profundizado en esta hipótesis, respecto de la cual existen sugestivas evidencias en el ámbito andino (Castro 1995; Lefebvre 1991:43).

Por su parte Ambrosetti, lideraba en los primeros lustros del nuevo siglo el cambio hacia un enfoque arqueológico moderno y riguroso. La creciente magnitud de los trabajos de excavación encargados por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires fue imponiendo progresivamente el abandono de la línea interpretativa de textos tales como *Notas de arqueología calchaquí*, en favor de descripciones completas de los contextos de los hallazgos realizados. Principalmente el interés se dirigía a la documentación de ruinas de gran extensión y a la excavación de tumbas. En ocasiones ambos tipos de sitios se encontraban distanciados en el espacio, no obstante lo cual eran asociados, a veces mediante la utilización de un mismo topónimo (Ambrosetti 1897; Bruch 1911; etc.). Había en esto una manipulación espacial que no se declaraba explícitamente, sustentada en el supuesto de que cada pueblo ocupaba *un* gran asentamiento, con su cementerio correspondiente en las proximidades.

⁹ Cuando no han sido objeto de actos de vandalismo.

Clasificaciones, síntesis y ensayos transdisciplinarios

El desarrollo de la metodología arqueológica impulsado por Ambrosetti se continuó durante la segunda década del siglo XX en otras áreas de investigación, como la quebrada de Humahuaca y los valles preandinos de San Juan. Hacia el final de dicha década comenzaron los trabajos de excavación de las misiones Muñiz Barreto, que incluyeron al valle de Santa María y cuyos registros (aún hoy inéditos), constituyen un modelo de rigurosidad arqueológica para la época. En una de las primeras temporadas de trabajo en el valle de Santa María, tuvo la ocasión de participar el discípulo de Ambrosetti, Salvador Debenedetti, de lo cual resultaría el primer artículo de arqueología del contacto hispano indígena (Debenedetti 1921; véase también Haber 1999). Allí Debenedetti, al señalar que a su juicio los cementerios indígenas más importantes ya habían sido “explotados y saqueados” y que, por consiguiente, los que se descubrirían de allí en más serían pequeños por ser los correspondientes a “reducidos núcleos de poblaciones que se dispersaron en las pequeñas quebradas o a los márgenes de arroyos...” (Debenedetti 1921:746), estaba implicando una concepción de asentamiento diferente a la corriente hasta el momento, limitada a las grandes instalaciones emplazadas en la cima, laderas y bajo de formaciones montañosas. En otro pasaje señala:

No hubo, pues, en Caspinchango un verdadero núcleo de edificios que, por su extensión y densidad, pueda considerarse como un verdadero pueblo. Las viviendas aparecen aisladamente y, por lo general, en los extremos de las terrazas destinadas a la agricultura (...) (Debenedetti 1921:747).

Al convertir en artículo científico los trabajos de excavación del equipo Muñiz Barreto -trabajos dirigidos a la obtención de materiales de ajuar funerario para el enriquecimiento de colecciones privadas- Debenedetti rompió (probablemente sin ser consciente de ello) con el esquema de asociación espacial *centro poblado*-cementerio, generalizado entonces en la “arqueología calchaquí” (Nastri 2001a). Con esto no se quiere implicar que dicha asociación haya sido en todos los casos impropia, así como tampoco que en Caspinchango no se verificaba (véase Arocena et al. 1960; Baldini y Scatolín 1995), sino tan sólo se busca señalar que la misma era un producto de la interpretación arqueológica.

Luego una discípula de Debenedetti, Odilia Bregante, efectuó la extensión de la metodología de análisis *sistemático* al trabajo de gabinete, logrando una completa clasificación de los materiales cerámicos del NOA reunidos hasta ese momento. La obra resultante presenta un fuerte énfasis en la cuestión de la distribución espacial; incluye numerosos mapas que detallan las "zonas de dispersión" de los distintos tipos alfareros y hasta de algunos motivos iconográficos (Bregante 1926). La zona de la cerámica santamariana abarca el territorio comprendido entre Choya por el Sur y La Poma, por el Norte, no estando registrada más al oeste de Molinos ni tampoco más al oriente de Tafi (Bregante 1926:plancha II). Bregante reconoció 7 tipos de urnas: *Amaicha*, *Molinos*, *Pampa Grande*, *de tres cinturas*, *de sección elíptica* y *sin ornamentación*.¹⁰ Luego de descripta la variación, pareciera quedar poco para explicar, pues:

(...) considerando la zona de dispersión de un material, deben tenerse en cuenta las variaciones locales, que la forma típica puede sufrir y que no responden en manera alguna a diferencias de cultura, sino a modalidades distintas de las diversas agrupaciones de una misma civilización (Bregante 1926:29).

En los años '30 la arqueología calchaquí -al igual que la del resto del NOA- se encaminó hacia visiones generales de síntesis que en buena medida reflejaban una práctica alejada de los relevamientos arqueológicos de campo. En este marco, la cuestión del espacio regional pasó a ocupar un lugar destacado¹¹ en consonancia con la institucionalización de la geografía como disciplina académica, que en la Universidad de Buenos Aires se operó conjuntamente con una cierta fusión con la antropología, tanto a nivel institucional como de las personas¹² (Barros 1999). De esta manera, autores como

¹⁰ Pese a lo que podría desprenderse de la sola consideración de los rótulos elegidos, ésta es una de las clasificaciones menos *borgianas* de la arqueología argentina, pues respeta un criterio único para organizar la clasificación: la procedencia.

¹¹ En el sentido de la atención dedicada a la cuestión geográfica; no así en relación a los resultados obtenidos.

¹² González ha denominado a este período de la historia de la arqueología argentina como de la "exégesis histórica". Él mismo ha notado sin embargo, el potencial de confusión de dicho nombre en virtud de la concepción a-histórica del desarrollo cultural aborígen sostenida por los autores enrolados en esta corriente (González 1985). Por otra parte, si bien éstos hacían gala de un

Márquez Miranda se ocupaban en detalle del tema de la “delimitación geográfica del área de dispersión de los diaguitas”, haciéndola equivalente a la jurisdicción española de Tucumán (Catamarca, sudoeste de Salta, oeste de Tucumán, centro y norte de La Rioja y la porción de Santiago del Estero limítrofe con Catamarca), a la que agregaba el oriente de San Juan (Márquez Miranda 1939:286), como una lógica consecuencia de la confusión cronológica que llevaba a considerar conjuntamente los materiales santamarianos y los de los “Barreales” (González 1985).¹³

Posteriormente, nuevos ensayos de síntesis basados en los materiales posibilitaron una profundización del conocimiento de las variantes regionales del estilo santamariano. Serrano presentó útiles esquematizaciones de la estructura de diseño de lo que él denominó “las urnas clásicas”, así también como un inventario de las variantes de algunos de los motivos más importantes (Serrano 1943; 1958:44-49). Luego caracterizó los siguientes “variantes”: *urnas ovoides de cuello largo*, *urnas de cinturas*, *Pampa Grande*, *El Rincón*, *de decoración vertical*, *Valle Arriba*, *rojas grabadas* y *piriformes*. El significado de la variación continuaba sin ser explicado y la definición de nuevos tipos planteaba nuevos interrogantes en torno a la precisa área de dispersión de cada uno. Para Serrano, las “urnas clásicas” y el conjunto de variantes constituían la “cerámica santamariana”, que a su vez integraba el complejo del mismo nombre, junto con la cerámica *Andalhuala* y la cerámica *Valle Arriba* (correspondiente al valle Calchaquí sur). Aparte colocaba a la cerámica *La Paya* (Serrano 1958). Con posterioridad a este trabajo, y a excepción de la contribución inédita de Caviglia (1985) y el aporte de Calderari en relación a los pucos de La Paya (1991), los estudios se orientaron a la exploración de las variaciones cronológicas (Márquez Miranda

notable conocimiento de las fuentes documentales, no extraían de ellas conclusiones demasiado novedosas; al menos no mucho más que aquello que podían decir a partir del examen de los antecedentes bibliográficos, el ambiente o los materiales. Más que seguir la escuela de análisis de las fuentes de Boman, repetían las afirmaciones de éste. De esta manera, lo propio de la arqueología de este momento reside en el carácter amplio y antropológico de las síntesis (en esto sí puede decirse que seguían a Boman), concebida en forma de *inventario*; forma que tendría larga perduración en la arqueología del NOA.

¹³ Hoy conocidos como de la cultura de La Aguada.

y Cigliano 1959; Weber 1978; Podestá y Perrota 1973; Tarragó 1984; etc.) a partir del impacto que significó en la arqueología del NOA la obra de Bennet y colaboradores (1948); la cual actualizó la perspectiva cronológica mediante la confección de secuencias culturales y constituyó el antecedente para la prolífica labor de González en ese terreno.

Cabe destacar, no obstante, que con anterioridad al inicio de la etapa “de la organización de los contextos y secuencias culturales” en la historia de las investigaciones (González 1985), el Museo Etnográfico de la Universidad de Buenos Aires llevó adelante un interesante intento de investigación transdisciplinaria en el valle de Santa María, que lamentablemente quedó trunco a raíz de las cesantías masivas en la Universidad del año 1947. Con una serie de trabajos arqueológicos en la quebrada de Tolombón, se avizó por primera vez la importancia de considerar al conjunto de instalaciones “subsidiarias”, utilizadas por las antiguas comunidades aborígenes. En paralelo a las actividades arqueológicas, Sanz de Arechaga exploró los patrones de trashumancia pastoril en la sierra del Cajón, relevando las distintas clases de instalaciones de los habitantes contemporáneos (Sanz de Arechaga 1948). La relevancia de este trabajo etnográfico para la interpretación de la organización económica en tiempos prehispánicos fue destacada por de Aparicio, quien por otra parte se refirió al tema de la organización territorial calchaquí a escala más amplia. En base al estudio de la documentación histórica, de Aparicio adelantó la hipótesis acerca de que:

(...) la expresión ‘valle de Calchaquí’ tenía durante la colonia, un sentido muy distinto al actual, baste recordar que Tolombón -situado en el extremo Norte del valle de Santa María- es considerado en multitud de documentos y crónicas como el centro o ‘corazón’ del valle de Calchaquí; y Chicoana -situada aproximadamente donde hoy está Molinos, es decir en el centro del valle de Calchaquí- es mencionada siempre como la ‘puerta’ o el límite septentrional de este valle. En un trabajo próximo¹⁴ he de demostrar que la palabra valle fue usada antiguamente en sentido político y, por lo tanto, se entendía por valle de Calchaquí el territorio habitado por pueblos afines o subordinados a los de Tolombón, es decir, los calchaquíes en el sentido más estricto. Este territorio comprendía la porción del valle limitada al Norte por Chicoana (Molinos) y la punta de Balasto, al Sur (de Aparicio 1948:570-572).

Luego durante las décadas del 50 y 60 el interés estuvo puesto en el aspecto cronológico, a partir de una nueva toma de conciencia acerca de la antigüedad de la ocupación humana de la región. De manera que las contribuciones de estos años son particularmente relevantes para el estudio de periodos previos

¹⁴ de Aparicio falleció pocos años después, por lo que se sabe sin cumplir su anuncio.

al tardío. En relación a este último, los avances interpretativos alcanzados fueron a nivel intra-sitio (véase Natri 2001a; Tarragó, en este mismo volumen), preparando el escenario para nuevos planteos de síntesis en la década siguiente.

El problema de la relación entre la distribución de los estilos y la organización territorial

A mediados de la década del '70, Núñez Regueiro presentó una actualización del esquema de desarrollo cultural del NOA que tuvo gran repercusión, principalmente en función de la discusión acerca de la caracterización de cada uno de los períodos de la secuencia. El autor introdujo la denominación de *período de desarrollos regionales*, para lo que hasta ese momento se había llamado tardío, colocando de este modo el eje en la cuestión espacial (Tarragó y Natri 1999:259):

Hacia el 1.000 AD comienza a manifestarse una diferenciación regional bastante clara, en las que se pueden seguir con relativa facilidad las líneas de desarrollo en términos de tradición socio-cultural: Santa María, Belén, Angualasto o Sanagasta, Humahuaca (Núñez Regueiro 1974:182).

A continuación afirmaba:

Las relaciones de producción van a experimentar un cambio. El intercambio de productos manufacturados, materias primas y alimentos, que antes se realizaba gracias a una simple circulación de bienes o trueque entre diversas comunidades étnicas, fue siendo paulatinamente reemplazado por la explotación de los pisos y nichos ecológicos por parte de la propia comunidad mediante el establecimiento de verdaderas "colonias", originando una diversificación de familias para las diferentes tareas que se requiere satisface con este nuevo sistema de producción.

Si bien el trueque no debe haberse interrumpido, el nuevo sistema permitió incorporar un mecanismo que posibilitó el surgimiento de nuevas formas de control sociopolítico (...).

Cada parcialidad (Santamaría, Humahuaca, etc.) conforma verdaderos señoríos que tienden a expandir sus fronteras territoriales y su dominio efectivo sobre la tierra y sus recursos, reemplazando la forma de intercambio propia del formativo. El germen de las luchas estaba dado (Núñez Regueiro 1974:183).

De manera que la evidencia de la amplitud de las zonas de dispersión de las diferentes tradiciones socioculturales (equiparables a estilos cerámicos) fue interpretada en términos de *señoríos* cuya génesis se explicó mediante la apelación al modelo de control vertical de un máximo de pisos ecológicos. Respecto de esto último, las evidencias manejadas entonces por Núñez Regueiro eran escasas: la existencia de un pucará Belén "en pleno territorio santamariano" (a propósito del cual no descartaba del todo la posibilidad de una intervención incaica) y la co-presencia de material Belén y Santa María en Famabalasto como indicador de "explotación multiétnica en zonas de frontera" (Núñez Regueiro 1974:183). Hoy pueden agregarse algunos datos más, en principio compatibles con esta línea interpretativa¹⁵, pero por otra parte, la evidencia mejor conocida –los grandes asentamientos de similar magnitud y características estructurales de los valles calchaquíes– no concuerda con la hipótesis de unos pocos señoríos grandes (Podestá y Perrota 1976). De manera que el dato estilístico (en términos de "tradición") que apuntaba a la definición de vastos territorios correspondientes a señoríos, y el dato de asentamiento que refería al carácter defensivo y concentrado de la instalación, planteaban un desafío a las interpretaciones tradicionales de la prehistoria que no parece haber sido advertido en toda su dimensión.

Cigliano y Raffino resolvieron (o salvaron) el problema anterior reduciendo la escala: aplicaron los principios de verticalidad económica y centralización política en el ámbito restringido de la quebrada del Toro. La existencia de tres centros "urbanos", uno de los cuales aparecía como notoriamente más grande que los otros, no planteó mayores problemas para la hipótesis acerca de un señorío quebradeño con colonias en otros nichos ecológicos (Cigliano y Raffino 1977). Esta reducción de la escala permite abordar concretamente una parte importante de la organización económica de las antiguas poblaciones aborígenes en términos de *patrones de asentamiento* (Nastri -1998). Junto con lo anterior, en el citado caso de Tastil se

¹⁵ Como el de un cementerio santamariano en las selvas occidentales (Tarragó 1995:233), y un establecimiento Belén en la puna (Cigliano y Raffino 1973). Es muy probable que cierta preferencia de los arqueólogos especializados en el tema por los sitios con arquitectura, sea responsable de la falta de avances en el conocimiento del tipo de uso en el pasado de áreas alejadas de los "territorios nucleares" (véase por ejemplo la referencia a la presencia de cerámica santamariana en la puna en Tarragó 1995:233).

introdujo otro elemento -el marco urbano- que como notara Núñez Regueiro, no resulta del todo compatible con las conceptualizaciones en torno a las formas de la economía vertical andina (Núñez Regueiro 1974:185). En sus primeras contribuciones, Cigliano y Raffino se esforzaban por demostrar que Tastil habría “cumplido” con los requisitos necesarios para ser considerada una ciudad precolombina (Cigliano y Raffino 1973). No obstante, posteriormente remarcaron que:

(...) el concepto de urbano, aplicado principalmente para el sitio de Tastil, no obedece a la proyección de esquemas o de marcos teóricos provenientes de la historia o de la sociopolítica (sic) cuya connotación es diferente a la que pretendemos darle nosotros (Cigliano y Raffino 1977).

Sin embargo, al conservarse un término que poseía tanta carga de significado, se introdujo “ruido” en la interpretación del caso específico en cuestión: de este modo los autores hablaban por un lado de *núcleos urbanos consumidores y centros agrícolas productores*; y por el otro señalaban que habría sido sólo una parte pequeña de la misma población urbana de los centros poblados la que se habría dedicado a tareas artesanales, mientras que la mayoría de los habitantes habría estado ocupada en la producción primaria¹⁶ (Cigliano y Raffino 1977:2). A diferencia de la primera, esta última hipótesis, extrapolable a otros ámbitos, permite dar sentido a la distribución y características de los patrones de asentamiento. En las fuentes documentales frecuentemente se señala la división de cada "nación" en varios pueblos:

¹⁶ Probablemente la confusión surgiera del hecho de que esta segunda afirmación se contraponía con el criterio octavo de Hardoy, que establece la dependencia de la población urbana de la producción primaria de “gente que en forma total o parcial *no vivía* en la ciudad” (Hardoy 1968:23). Pareciera haber operado aquí una confusión en los arqueólogos entre el objeto de estudio (la población que vivió en uno u otro lado) y el objeto fuente de información de la arqueología (las ruinas de los poblados y las de las instalaciones de producción), pues a continuación de la cita textual del criterio de Hardoy, los autores señalan: “En Tastil, como en otras ciudades de su categoría, están ausentes los canchones, cuadros y/o terrazas de cultivo; por lo tanto, esta población dependió en forma directa (bajo su administración) o indirecta, de zonas de producción agrícola que se hallaban relativamente, próximas al sitio: Pie del Paño, Potrero, Pie del Acay, etc.” (Cigliano y Raffino 1973:169).

[El gobernador Alonso de Mercado] acometió y venció y desnaturalizó del valle toda la nación de los pulares, que en nueve pueblos alistaban cuatrocientos indios de pelea (...).
(Informe del gobernador Luca de Figueroa y Mendoza, 1662, en Lorandi y Boixadós 1987-1988:286).

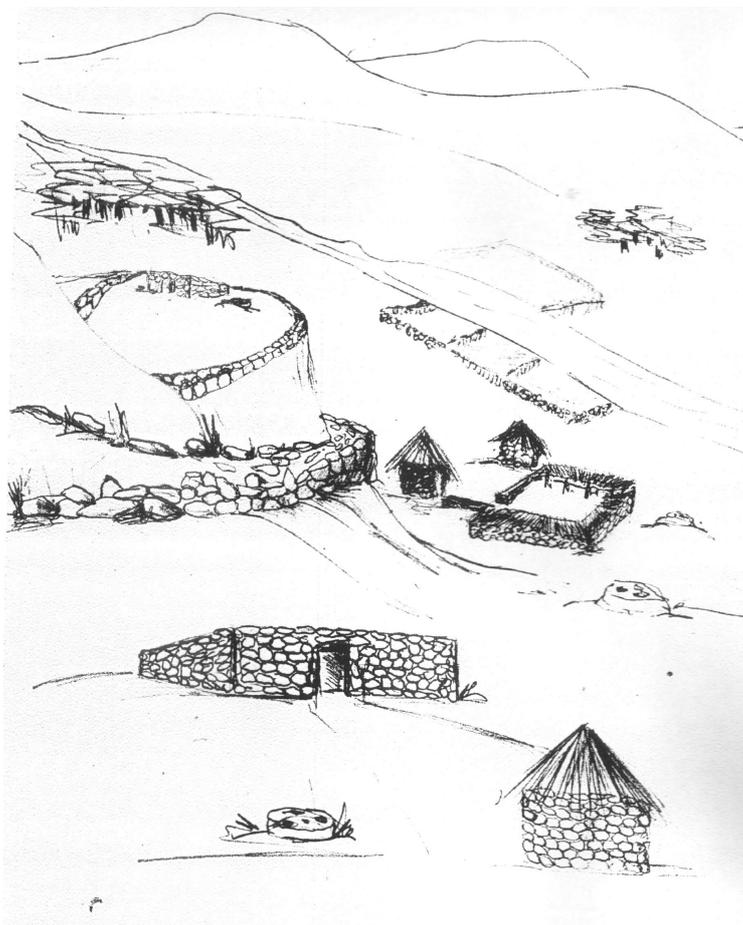
Para Tolombón se ha mencionado en una fuente de 1635, la existencia de cinco “fuertes”; mientras que el gobernador Luca de Figueroa y Mendoza consigna que los Quilmes controlaban once sitios, y los yocaviles nueve (Lorandi y Boixadós 1987-1988:329;345;356). Finalmente en años recientes se ha concretado el relevamiento del conjunto de instalaciones incluidas en un área acotada del valle de Santa María que incluye la sierra y el fondo de valle, lo cual ha permitido el estudio de las relaciones espaciales entre asentamientos sobre bases arqueológicas.

Investigaciones del Proyecto Arqueológico Yocavil

El regreso de la normalidad institucional a la Argentina en 1983 permitió el desarrollo, en el ámbito de la Universidad Pública, de proyectos integrales de investigación con continuidad en el tiempo. Desde sus inicios el Proyecto Arqueológico Yocavil buscó abordar el registro arqueológico a distintas escalas de magnitud. El artículo inicial de Tarragó (1987) focalizó el estudio de la organización interna del sitio Rincón Chico 1 (“mesoescala”, en el sentido de Clarke), a la vez que formulaba hipótesis en relación a las áreas de captación del mismo y a las relaciones de éste con otros sitios próximos y lejanos. Tanto en éste como en otros trabajos subsiguientes (Tarragó 1995, 2000) se ponía de manifiesto una visión de conjunto, a nivel de valle por ejemplo, que buscaba integrar la evidencia arqueológica disponible en interpretaciones acerca del funcionamiento de la sociedad calchaquí en sus distintos planos. En este sentido la identificación de especialización artesanal y el reconocimiento de patrones de asentamiento compuesto por sitios de diferente jerarquía y función completó luego un avance concreto en el conocimiento de la complejidad calchaquí (Tarragó y Nastri 1999), por lo general más asumida que analizada en forma concreta.

Las excavaciones en Rincón Chico 15 permitieron recuperar numerosas evidencias de actividades vinculadas a la

producción metalúrgica, a partir de las cuales se pone de manifiesto la intervención de especialistas, dado el dominio técnico y la escala de producción exhibidas (Tarragó y González 1998). Los restos de las actividades referidas se recuperaron en el interior de conjuntos arquitectónicos emplazados en conoide, a escasa distancia de los nucleamientos emplazados continuadamente sobre conoide, falda y cumbre de los espolones orientales de la sierra del Cajón. Esta disposición de emplazamiento, característica de lo que se dio en llamar *centros poblados* se identificó a lo largo de todo el valle, al compilarse los últimos registros con la información acumulada durante más de un siglo de investigaciones (Nastri 2001a; véase figura 1). La excepción está dada por la localidad de Morro del Fraile (Nastri 1997-1998), emplazada en ladera y fondo de quebrada en el interior de la sierra del Cajón (vease figura 2). El fechado disponible, correspondiente al siglo X de la Era, y la presencia de material Aguada sugieren que en el sitio 1 estaría representado el momento de transición entre los períodos medio y tardío, cuando aún no había tomado forma el patrón característico de este último.



1. Esquema de emplazamiento de las construcciones que integran un *centro poblado*. En la cúspide del cerro, unidades simples y asociadas de viviendas protegidas por muros defensivos: a lo largo de la ladera, el mismo tipo de unidades que en la cumbre, junto con caminos y muros de contención; al pie del cerro, unidades complejas de canchón y estructuras anexas entre morteros públicos. Al fondo se divisan campos de cultivo y bosques de algarrobo y chañar. Dibujo de Silvia Manuale.



2. Vista de un recinto del sitio Morro del Fraile, en el interior de la Sierra del Cajón. Al fondo, la estrecha quebrada de acceso.

En el interior de la sierra del Cajón también se documentaron numerosos ejemplos de instalaciones dispersas vinculadas al manejo de rebaños de llamas (Nastri et al. 2002). En los *puestos* se evidencia un patrón formal bastante extendido: dos corrales (circulares o rectangulares) y una pequeña habitación adosada, levantada sobre grandes porciones de roca in situ; amén de algunos casos algo más complejos cuya historia ocupacional aún no ha sido develada por completo.

De la comparación del conjunto de instalaciones documentadas desde el punto de vista de su tamaño surgen tres rangos claramente definidos (Nastri 1997-1998); el más pequeño, correspondiente a los *puestos*, apenas cuenta con unas pocas habitaciones que en conjunto no superan la decena. Se trata de instalaciones de ocupación temporaria, de modo análogo a las prácticas de los pastores trashumantes de la zona estudiados por Sanz de Arechaga (1948; vease figura 3) Luego en el rango intermedio se incluyen los centros poblados pequeños¹⁷ y en el superior los más grandes. La asociación

¹⁷ Junto con los conjuntos periféricos de los centros poblados, en el caso de que los mismos hubieran constituido residencia permanente de habitantes segregados del poblado (Nastri 2001b), para lo cual se propusiera la denominación de *instalación productiva* (Nastri 1997-1998).

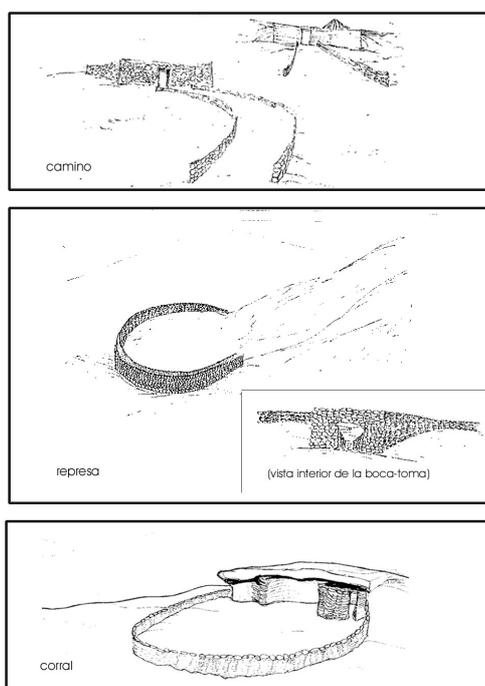
espacial entre un centro poblado de primer orden y uno de segundo orden (p.e. Rincón Chico-Cerro Pintado de las Mojarras; Fuerte Quemado-Cerro El Calvario; etc.) sugiere la posibilidad de la integración de ambos, junto con un número variable de puestos e instalaciones productivas, en un mismo patrón de asentamiento en el pasado. Esto es, que las poblaciones de un centro poblado de primer orden y el/los más inmediato/s de segundo orden habrían formado parte de un mismo grupo social, a la vez que el uso de los puestos proporcionaba un acceso directo a los recursos de los alrededores.



3. Vista de un puesto ganadero sub-actual en la zona de altas cumbres de la sierra del Cajón, construido en base a la reutilización de materiales del sitio prehistórico Puesto Colorado, el cual se divisa adelante, sobre la derecha, como una superficie libre de vegetación.

Desde el punto de vista arquitectónico existe también un claro contraste entre los elementos y técnicas presentes en los centros poblados y en los puestos ganaderos (Nastri 2001b), manifestándose en los primeros la mayor cantidad de elementos (vease figura 4) y las técnicas que implican una mayor inversión de trabajo en la construcción. De este modo de acuerdo con el modelo de Tarragó (1987), en sectores especiales de los centros poblados habrían residido (o habría estado representada la residencia de) las familias de los personajes de mayor jerarquía de la sociedad (jefes, guerreros,

shamanes), quienes desde allí dirigirían el funcionamiento del *aparato de complementación* económica, el cual, como señala Salomon, incluía diferentes *modos de intercambio* en combinaciones originales (Salomon 1985). Como se dijo, la descripción de la probable estructura de los antiguos patrones de asentamiento permite dar cuenta de formas de *acceso directo* a los recursos de subsistencia (que por otra parte se pueden articular también con la existencia de “colonias” distantes dependientes de los centros poblados que organizan dichos patrones). Luego es posible hipotetizar acerca del funcionamiento de varios otros modos de intercambio entre las poblaciones involucradas en distintos patrones de asentamiento. La gran uniformidad estilística manifiesta en la presencia del estilo cerámico santamariano a lo largo del valle es un indicador de interacción. La misma está atestiguada por las fuentes, para el momento de contacto, mas resulta difícil caracterizar la misma en todos sus planos y más aún para momentos más tempranos (cf. Cornell y Johansson 1998). Esta problemática a escala más amplia, planteada, como se vio, en la década del 70, aún espera ser abordada en forma específica. A continuación se exponen algunas direcciones posibles para encaminar futuros estudios.



4. Elementos arquitectónicos propios de centros poblados (represas, caminos) y de puestos ganaderos (corrales). Dibujos de Mariela Hopczak.

Perspectivas del estudio de la interacción a escalas más amplias

La aparente homogeneidad de los estilos tardíos ha sido el dato a partir del cual se planteara la existencia en el pasado de grandes señoríos identificados con cada una de las "tradiciones socioculturales" de la época: Belén, Santa María, etc. La variación dentro de los parámetros de cada estilo sólo ha sido objeto de investigaciones en el caso del santamariano, pero el hecho de que las mismas fueran organizadas en torno a la categoría de *tipo* impidió en buena medida el despliegue y la evaluación de hipótesis alternativas. En el caso de las primeras

investigaciones cada zona geográfica quedó en la práctica asociada al primer tipo descubierto en el lugar (no necesariamente el más representativo). En el caso de las investigaciones más recientes se obtuvo una clasificación más útil al emplearse un mismo criterio (la forma) para todos los ejemplares. No obstante, dejando de lado el hecho de que el interés de estas contribuciones se dirigía sólo al aspecto cronológico (Weber 1978; Podestá y Perrota 1973), la predominancia de un criterio (a nivel de pieza completa) para decidir la pertenencia de cada ejemplar a uno u otro tipo constituyó un obstáculo para la exploración de todo el rango de variación de una cerámica en la cual no resulta difícil identificar gran cantidad de atributos potencialmente informativos.

En el marco del Proyecto Yocavil se ha desarrollado un código clasificatorio de la cerámica a nivel de atributo que permite cuantificar conjuntamente las similitudes y diferencias de todos los tipos de urnas funerarias tardías de los valles calchaquíes (Tarragó et al. 1997; Nastri 1999). De este modo se puede correlacionar la similitud estilística con otras variables tales como la distancia o la demografía. Mientras que ésta última ha sido objeto de consideraciones metodológicas para su estudio en el medio local (Nielsen 1988; Albeck 1992; Nastri 1997-1998; etc.), no ha sucedido lo mismo en el caso de la distancia. El cálculo de las distancias entre asentamientos requiere contar con una representación de la red de transporte en cuestión. Un *grafo* es un diagrama compuesto por puntos separados (nodos o vértices), articulados entre sí mediante varias conexiones (arcos). Se trata de un medio formalizado de representar un sistema de transporte que de una manera alternativa a la de un mapa¹⁸, permite describir la posición de los sitios y su facilidad de acceso dentro de la red. Lamentablemente son pocos los casos en que ha sido posible reconstruir la misma arqueológicamente (el mejor ejemplo en América es la red vial incaica) y entonces queda como alternativa su simulación.

La simulación del grafo implica el trazado de las posibles vías de comunicación entre dos nodos a partir de la consideración del paisaje (a través del examen de cartografía y fotos aéreas) y supuestos acerca de la racionalidad espacial y las

¹⁸ Recientemente Stenborg ha apelado a este tipo de representaciones para la realización de análisis espacial intra-sitio en Pichao (Stenborg 2002:191).

condiciones de realización de las prácticas aborígenes. Al respecto, los relevamientos de sitios y sendas antiguas y actuales realizados en la sierra del Cajón han puesto de manifiesto cómo las mismas se continúan a lo largo de pampas altas, filos, laderas y fondos de quebradas, dando los rodeos necesarios para evitar lo máximo posible los tránsitos por pendientes, peligrosos (principalmente por los clastos sueltos y la vegetación que impide la clara visión de donde se apoya el pie) y agotadores para el caminante. El fondo de valle está libre de estos obstáculos y habría constituido la más eficaz vía para el tránsito a lo largo del eje meridiano, como de hecho fuera utilizado por los incas.¹⁹

Además de la medición precisa de las distancias entre los asentamientos, la utilización de grafos permite también el cálculo de diferentes índices útiles para el análisis espacial. Uno de los principales es el de Shimbél, el cual mide cuán fácil puede alcanzarse un nodo particular desde cualquier lugar de la red. Se obtiene sumando el número de arcos que separa a cada nodo de todos los demás por el tramo más corto. La distancia puede medirse de diversas maneras: número de tramos, kilómetros, tiempo, etc. (Barbero y Quinn 1986:131) y se consigna en una *matriz de caminos más cortos* (Gorenflo y Bell 1991:83). La medida de accesibilidad de un nodo puede correlacionarse con el tamaño del asentamiento en él representado, a los fines de evaluar la existencia en el pasado de un núcleo central, que recibiera por su jerarquía un mayor flujo de bienes y/o trabajo, lo cual pudo a su vez traducirse en términos arquitectónicos (Steponaitis 1981). En este sentido resulta necesario mantener un lugar para la "ciencia" en el

¹⁹ Al respecto Lorandi otorga una alteridad radical a los grupos aborígenes al señalar que la conexión entre los asentamientos "se hacía por arriba y no por los fondos de los valles. Las fotografías aéreas muestran las sendas que pasan de un lado al otro de las sierras, y también permiten observar la relación Norte-Sur que pudo establecerse entre los distintos asentamientos de un mismo grupo o de diferentes grupos, circulando en la forma expresada" (Lorandi y Boixadós 1987-1988:274). Para la circulación en sentido Este-Oeste no cabe otra alternativa que considerar el cruce de la sierra, dado que los puntos de interés se encontraban en el interior de la misma (amén de otros que pudieran encontrarse también en el valle del Cajón). Pero para los desplazamientos en sentido Norte-Sur se contaba con el fondo de valle. Descartar su uso por completo a priori resulta tan injustificado como la proyección al aborigen de la racionalidad occidental.

ámbito de una arqueología no-positivista. No como teoría ni como objetivo final, sino como metodología (Hodder 1992:188). En diversa medida, estas técnicas sirven para generar datos más significativos a partir de una evidencia; o bien simplemente para obtener una descripción alternativa de un mismo conjunto de datos

Conclusiones

El repaso de la historia de las investigaciones acerca de las poblaciones calchaquíes ha puesto en evidencia la importancia de la consideración de la dimensión espacial a diversas escalas. La de la organización interna de los centros poblados fue la más abordada empíricamente en los comienzos, en el marco de una práctica que si bien implicaba una “cobertura regional”, interpretativamente se restringía al sitio. Con la superación de esta limitación, desde mediados del siglo XX, y la activa colaboración transdisciplinaria entre arqueología y etnohistoria en años más recientes, pudo arribarse a la comprobación arqueológica de al menos parte de la estructura de los patrones de asentamiento aborigen en el área serrana próxima a la localidad actual de Santa María. Aunque aún resta comparar datos similares de otros sectores, se revela como un desafío pendiente la exploración de las características que la interacción a mayores escalas espaciales pudo haber tenido en tiempos anteriores a las intervenciones incaica y española. Se ha comentado el potencial de algunos métodos para el análisis de fenómenos tales como la diversidad estilística en la cultura material o la diferencia de tamaños entre los centros poblados en el marco espacial más amplio. Este progresivo avance en el conocimiento de la complejidad calchaquí requiere paralelamente la discusión y el intercambio de información entre diferentes equipos de investigación, algo que afortunadamente se está volviendo una realidad, mas allá de las fronteras.

Referencias

- Albeck**, M. E. (1992) El ambiente como generador de hipótesis sobre dinámica sociocultural prehispánica en la Quebrada de Humahuaca. *Cuadernos*. 3. Pp. 95-106.
- Ambrosetti**, J. B. (1897) La antigua ciudad de Quilmes (Valle Calchaquí). *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*. 18. Pp. 33-70.
- Ambrosetti**, J. (1902) La civilization calchaqui. Region preandine des provinces de La Rioja, Catamarca, Salta et Jujuy (Republique Argentine). En *Actas y Memorias XII Congreso Internacional de Americanistas de 1900*. Paris. Pp. 293-297.
- Ameghino**, F. (1880) Inscripciones antecolombianas encontradas en la Republica Argentina. En *Congreso Internacional de Americanistas. Compte Rendu de la Troisieme Session*, Tome second. Bruselas: Librairie Européene C. Muquardt. Pp. 710-736.
- Arocena**, M., G. **De Gasperi** & S. **Petruzzi** (1960) Caspinchango. *Publicaciones del Instituto de Antropología* 4. Pp. 81-110.
- Baldini**, L. & M. **Scattolin** (1993) El sitio Masao. Nota acerca de su identificación. *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael* XII:2. Pp. 47-62.
- Barbero**, J. A. & E. **Quinn** (1986) El transporte en el espacio económico. En L. A. Yanes & A. M. Liberali (Eds.), *Aportes para el estudio del espacio socio-económico* Vol. 1. Buenos Aires: El coloquio. Pp. 121-142.
- Barros**, C. (1999) Territorio y diversidad cultural en la geografía argentina de principios del siglo XX. *I Encontro Nacional de Historia do Pensamiento Geográfico*. Eixos temáticos vol. I. Río Claro: UNESP. Pp. 18-23
- Bennet**, W., E. **Bleiler** & F. **Sommer** (1948) *Northwest argentine archaeology*. New Haven: Yale University.
- Boman**, E. (1991) *Antigüedades de la región andina de la República Argentina y del desierto de Atacama*, vol. 1. San Salvador de Jujuy: Universidad Nacional de Jujuy.
- Bregante**, O. (1926) *Ensayo de clasificación de la cerámica del Noroeste argentino*. Buenos Aires: Estrada.
- Brinton**, D. (1899) El calchaquí: problema arqueológico. *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* 20. Pp. 503-507.
- Bruch**, C. (1911) *Arqueología de las provincias de Tucumán y Catamarca*. Buenos Aires: Universidad de La Plata.
- Calderari**, M. (1991) El concepto de estilo en ceramología: la tradición estilística santamariana en los pucos de La Paya. En *El arte rupestre en la*

arqueología contemporánea, M. M. Podestá, M. I. Hernández Llosas & S. F. Renard de Coquet (Eds.) & Buenos Aires: Edición privada. Pp. 1-13.

Castro, V. (1995) *Ceremonias de tierra y agua*. Santiago.

Caviglia, S. (1985) Las urnas para niños de los Valles Yocavil y Calchaqui. Su interpretación sobre la base de un enfoque gestáltico. Buenos Aires: ms.

Cigliano, E. & R. Raffino (1977) Un modelo de poblamiento en el N.O. argentino. Período de los desarrollos regionales. En *Obra del centenario del Museo de La Plata*, vol. 2. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Pp. 1-25.

Cornell, P. & N. Johansson (1998) The Santa Maria culture - Myth or reality? *Etnologiska studier*. 42. Pp. 91-101.

de Aparicio, F. (1948) Las ruinas de Tolombón. *Actas XXVIII Congreso Internacional de Americanistas*. Paris. Pp. 569-580.

Debenedetti, S. (1921) *La influencia hispánica en los yacimientos arqueológicos de Caspinchango*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.

Fernández, Jorge (1982) Historia de la arqueología argentina. *Anales de Arqueología y Etnología* 34-35. Pp. 1-100.

Gorenflo, L. & Bell, T. (1991) Network analysis and the study of past regional organization. En C. Trombold (Ed.), *Ancient road networks and settlement hierarchies in the New World*. Cambridge: Cambridge University Press. Pp. 80-98.

González, A. (1985) Cincuenta años de arqueología del Noroeste argentino (1930-1980): apuntes de un casi testigo y algo de protagonista. *American Antiquity* 50:3. Pp. 505-517.

Haber, A. (1995) Supuestos teórico-metodológicos de la etapa formativa de la arqueología de Catamarca (1875-1900). *Cuadernos de Investigación de la Facultad de Filosofía y Humanidades* 47. Pp. 31-54.

Haber, A. (1999) Caspinchango, la ruptura metafísica y la cuestión colonial en la arqueología sudamericana: el caso del noroeste argentino. *Revista do Museu da Arqueología e Etnología*. Suplemento 3. Pp. 129-142.

Hardoy, J. (1968) *Urban planning in pre-columbian America*. Nueva York: George Braziller.

Hodder, I. (1992) *Theory and practice in archaeology*. London: Routledge.

Ibarra Grasso, D. E. (1962) El reino de Tucma de Garcilaso, estaba en Tucumán o en Cochabamba? *2 Jornadas Internacionales de Arqueología y Etnografía*. Buenos Aires. Pp. 50-53.

Lafone Quevedo, S. (1888) *Londres y Catamarca. Cartas a "LA NACION"* 1883-84 y 85. Buenos Aires: Imprenta y Librería de Mayo.

- Lafone Quevedo**, S. (1891) A traveller's notes on the Calchaqui region, Argentine Republic. *American Anthropologist* 4. Pp. 356-371.
- Lefebvre**, H. (1991) *The production of space*. Oxford: Blackwell.
- Liberani**, I. & R. **Hernández** (1951) *Excursión arqueológica en los Valles de Santa María, Catamarca. 1877*. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.
- Lorandi**, A. & R. **Boixadós** (1987-1988) Etnohistoria de los valles calchaquies en los siglos XVI y XVII. *Runa* 17-18. Pp. 263-419.
- Márquez Miranda**, F. (1939) La antigua provincia de los diaguitas. En *Historia de la Nación Argentina* vol. I. Buenos Aires: Junta Nacional de Historia y Numismática. Pp. 273-327.
- Márquez Miranda**, F. & E. **Cigliano** (1957-1959) Ensayo de una clasificación tipológica cronológica de la cerámica santamariana. *Notas del Museo de La Plata*, 19:63 *Antropología*. Pp. 1-27.
- Moreno**, F. (1890-91) Exploración arqueológica de la Provincia de Catamarca. *Revista del Museo de La Plata*. 1. Pp. 199-221.
- Nastri**, J. (1997-1998) Patrones de asentamientos prehispánicos tardíos en el sudoeste del valle de Santa María (noroeste argentino). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*. 22-23. Pp. 247-270.
- Nastri**, J. (1999) El estilo cerámico santamariano de los Andes del Sur (Siglos XI a XVI). *Baessler-Archiv*. Neue Folge 47. Pp. 361-396.
- Nastri**, J. (2001a) Interpretando al describir: la arqueología y las categorías del espacio aborigen en el valle de Santa María (Noroeste argentino). *Revista española de antropología americana*. 31. Pp. 31-58.
- Nastri**, J. (2001b) La arquitectura aborigen de la piedra y la montaña (noroeste argentino, siglos XI a XVI). *Anales. Museo de América*. 9. Pp. 141-163.
- Nastri**, J., G. Pralongo, G. Caruso, M. Hopczak, & M. Manasiewicz (2002) Los puestos prehispánicos de la sierra del Cajón (Pcia. de Catamarca). *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Tomo II. Córdoba. Pp. 421-430.
- Nielsen**, A. (1988) Un modelo de sistema de asentamiento prehispánico en los valles orientales de Humahuaca (Pcia. de Jujuy, Rep. Argentina). *Comechingonia*. 5. Pp. 129-153.
- Núñez Regueiro**, V. (1974) Conceptos instrumentales y marco teórico en relación al análisis del desarrollo cultural del Noroeste argentino. *Revista del Instituto de Antropología*. 5. Pp. 169-191.
- Podestá**, C. & E. **de Perrota** (1973) Relaciones entre culturas del noroeste argentino. San José y Santa María. *Antiquitas*. 17. Pp. 6-15.

Podestá, C. & E. de Perrota (1976) Desarrollo cultural del Valle de Santa María durante el Período Tardío o de Desarrollos Regionales. *Revista del Museo de Historia Natural*. 3. Pp. 43-54.

Quiroga, A. (1992) *Calchaquí*. Buenos Aires: TEA.

Raffino, R. & Cigliano, E. (1973) "La Alumbra" -Antofagasta de la Sierra- Un modelo de ecología cultural prehispánica. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*. 7. Pp. 241-258.

Salomon, F. (1985) The dynamic potential of the complementarity concept. En *Andean ecology and civilization*. S. Masuda, I. Shimada & C. Morris (Eds.). Tokyo: University of Tokyo Press. Pp. 511-531.

Sanz de Arechaga, L. R. (1948) La vida pastoril en la Sierra del Cajón. En *Actas XXVIII Congreso Internacional de Americanistas*, París.

Serrano, A. (1943) El arte decorativo de los diaguitas. *Publicaciones del Instituto de arqueología, lingüística y folklore "Dr. Pablo Cabrera"* I.

Serrano, A. (1958) *Manual de cerámica indígena*. Córdoba: Assandri.

Stenborg, P. (2002) *Holding back history*. Göteborg: Göteborg University.

Steponaitis, V. (1981) Settlement hierarchies and political complexity in nonmarket societies: the formative period of the valley of Mexico. *American Anthropologist*. 83. Pp. 320-363.

Tarragó, M. (1984) El contacto hispano-indígena: la Provincia de Chicoana. *Runa*. 14. Pp. 145-185.

Tarragó, M. (1987) Sociedad y sistema de asentamiento en Yocavil. *Cuadernos del Instituto Nacional de antropología*. 12. Pp. 179-196.

Tarragó, M. (1995) Desarrollo regional en Yocavil: una estrategia de investigación. *Hombre y desierto*. 9. Pp. 225-236.

Tarragó, M., L. González & J. Natri (1997) Las interacciones prehispánicas a través del estilo: el caso de la iconografía santamariana. *Estudios Atacameños* 14. Pp. 223-242.

Tarragó, M. & L. González (1998) Producción especializada y diferenciación social en el sur del valle de Yocavil. *Anales de Arqueología y Etnología*. 50-51. Pp. 85-108.

Tarragó, M. & J. Natri (1999) Dimensiones de la complejidad santamariana. En *XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina. Actas*, Vol. II. C. Diez Marín (Ed.). La Plata: Editorial Universidad Nacional de La Plata. Pp. 259-264.

Ten Kate, H. (1896) Anthropologie des anciens habitants de la region Calchaquí. *Anales del Museo de la Plata*. 1 (Sección antropología). Pp. 1 y ss.

Weber, R. (1978) A seriation of the late prehistoric Santa Maria culture of Northwestern Argentina. *Fieldiana Anthropology*. 68. Pp. 49-98.

